

## ENTRE LA EUTANASIA Y LA DISTANASIA

Padre Alfonso Llano Escobar, S.J.

Crear en Dios, en quien vivimos, nos movemos y existimos, significa, entre otras cosas aceptar que El es el Alfa y el Omega de nuestra vida, que de El depende nuestro existir como nuestro morir.

Esta verdad es una fuente de felicidad: sentirse en el seno de Dios, vivir como el pez en el agua, rodeado, por dentro y por fuera de Dios es algo que da una seguridad absoluta y, tomado en serio, acaba con la angustia de la muerte. “Deseo morir para estar con Cristo”, decía San Pablo, Y Santa Teresa no se quedó corta cuando cantó inspirada: “Vivo sin vivir en mí, y pues tanta dicha espero, que muero porque no muero”.

Por mucho carbono 14 que le apliquen a Jesús resucitado algunos ateos criollos, angustiados por la presencia del Señor entre nosotros, se van a tener que quedar con las ganas de probar que el objeto de nuestra fe no es mas que un mito o un campesino embaucador del siglo I, que una vez muerto se quedó en el sepulcro. ¡Que otra cosa quisieran, para poder morir en paz! Pero van a tener que llevar su inquietud al otro mundo cuando les apliquen a ellos el carbono 14 y se compruebe que la calidad de su vida no llegó al oro ni a la plata, sino que se quedó en pura paja del siglo XX.

Pero volvamos a la muerte, ya que recientemente se conmemoró el 2 de Noviembre, día de todos nuestros difuntos, ¡que algún día será nuestro día!

Por eutanasia entendían los griegos una muerte inducida activamente para terminar con los agudos dolores del paciente. Hipócrates, paradigma de los médicos de todos los tiempos, juró a Dios, al comienzo de su profesión: “No daré a nadie droga letal, aunque me la pidan, ni daré a nadie tal consejo”. Con la eutanasia se suelen confundir otras dos conductas que no tienen que ver con ella. Retirar el respirador o la alimentación parenteral de un “paciente” en estado aparente de coma, pero cuya muerte encefálica es posible diagnosticar, por hipótesis no es eutanasia. La persona ya murió, así le queden algunos reflejos o simplemente algo de vida orgánica mantenida artificialmente con suero y respirador. La suspensión de estos refuerzos artificiales no le puede causar una segunda muerte, sino la muerte orgánica que faltaba consumir la muerte total.

Otro caso distinto del anterior y de la eutanasia sucede cuando un paciente ejerce el derecho a morir dignamente y en virtud de él solicita al médico, a sus familiares y a la institución, que lo dejen morir en paz, que no lo hagan sufrir más. Está en su pleno derecho y ya la Santa Sede declaró expresamente que tal conducta es honesta y ajena a la eutanasia.

Apoyados en el mismo derecho a morir dignamente hay que sostener hoy que la distansia o prolongación innecesaria del proceso de morir es contraria a la ética médica y que hay que acabar con ella. Se está dando con cierta frecuencia debido a los grandes avances de la ciencia y de la tecnología médicas. Es mucho lo que han hecho los médicos, por lo cual merecen un sincero agradecimiento de toda la sociedad, especialmente de los sobrevivientes, por salvar la vida de muchos pacientes y heridos en peligro de muerte. Pero otra conducta, que no podemos menos de combatir, es la medicina invasiva o agresiva de quienes se empeñan en no dejar morir al paciente cuando este quiere sensatamente morir por razones de dinero, pudor e intenso dolor.

Resumiendo: ni eutanasia ni distanasia. Ni los médicos ni nosotros podemos jugar a Dios. Imitemos a Jesús, que nos enseña a vivir y a morir. Cuando le llegó su última hora se puso en las manos de su Padre, diciéndole: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y expiró.